

antojos tuyos tú las fuerzas todas. El resplandor divino de tu faz me anima como fuego vivificante y me alumbra y esclarece como efluvio etéreo de un sol sin ocaso. Que nada te recuerde alrededor tuyo la necesidad de tu muerte, y que todo cuanto te circunde pueda desearte vean los nietos de nuestros nietos aquel día de tu tránsito, en que deberás abandonar la tierra y subir al cielo. ¡Feliz el mortal seguro como tú de su inmortalidad! En el género humano durará tu memoria cuanto dura su espíritu, porque la mayor parte de sus males se han remediado entre dos días como el día de tu natividad y el día de tu deificación.

—Vamos, veo que no recuerdas tu destierro — dijo Claudio en un momento en que tomaba la palabra de Séneca espacio breve para un ligero respiro.

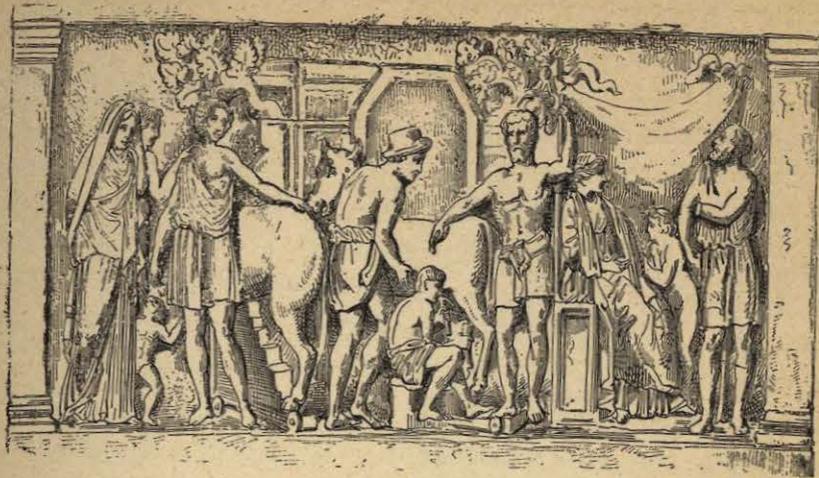
—¡Mi destierro! Ni ahora lo recuerdo, ni antes lo sentí, prometiéndome á la continua de tu clemencia que me llamarías á espectador de tus victorias. Siempre creí que tu mano próspera no hería mi pecho desterrándome; lo escudaba contra golpes mayores de la ciega fortuna. No me has atormentado, no; me has sostenido. Cualquiera que fuese la causa de mi destierro, yo estaba seguro de ser inocente y bueno en cuanto así lo quisieses. No ha pasado en tu tiempo lo que pasara en otros tenidos por más felices en el vulgar sentir; nos conducías al destierro por arrancarnos á la muerte. ¡Gracias te sean dadas perennes!

—Bien hablado — le dijo Claudio. — No has perdido nada ni en filosofía ni en declamación. Te felicito.

—¡Dioses! ¡Qué abismo — exclamó Agripina — entre lo ideal y lo real!

—¡Cuán embustero — dijo Claudio para su capote, — cuán embustero! Mucho me gustó mi mujer siempre; pero con esta salsa estoica no me atreveré á probarla jamás.

Aunque todo esto lo había dicho Claudio en sus adentros, sin mover los labios, no se necesitaba el genio de Séneca ni la penetración de Agripina para comprender que comenzaba en aquel momento una resistencia grandísima del emperador á ellos y por ende una guerra entre todos á muerte. Y así, mientras el retórico aperci-bía sus arengas para seducir á Claudio, Agripina sus venenos para el probable caso de no servir las arengas.



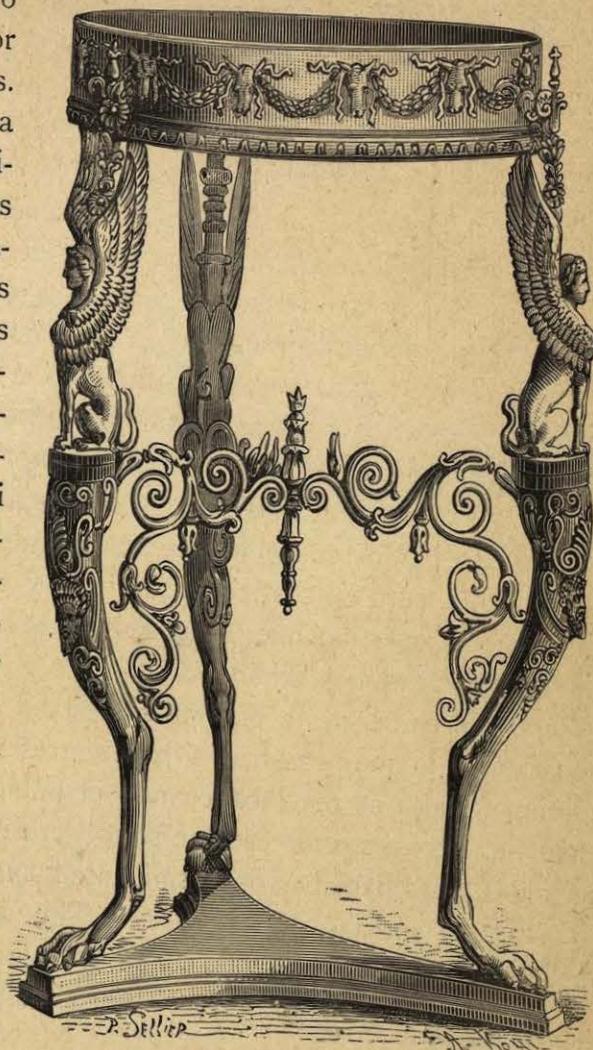
CAPITULO III

LA RETÓRICA DE NERÓN

Bien pronto Agripina comprendió, visto el ceño de Claudio, su rebelión interior contra la vuelta del filósofo, á quien jamás perdonaría las heridas más incurables, las heridas abiertas por las frases del estoico en su amor propio imperial, creído profundamente de que, habiendo aquistado el imperio por casualidad y fortuna, conservábalo por propio mérito y gracia. En tal persuasión, en la persuasión de que Séneca no prosperaba sus negocios ni servía sus planes, todo lo contrario, aguábalos con los recuerdos suscitados en la memoria del emperador y las aprensiones en el camino suyo suscitadas, como subsiguientes á los recuerdos, apresurábase con suma precipitación á servirse de Séneca, para lo que principalmente le había traído al palacio, para convertir á Nerón en orador, ó por lo menos retórico, capaz de cautivar con sus frases más ó menos felices á Claudio y moverlo y persuadirlo al necesario testamento en favor de su entenado y en mengua de su hijo. Nada tan deslumbrador en la civilización antigua como el recuerdo de Troya, según llamamos generalmente á la ciudad frigia, ó de Ilión, según generalmente la llamaban los griegos. Las cuatro cristalizaciones más hermosas del espíritu helénico se refieren á esta inmortal ciudad; los poemas homéricos, el teatro ateniense, la escultura

toda y la religión antropomórfica. En Troya estuvo la cantera donde tallara el genio los dioses del Olimpo, las estatuas del Partenón, los héroes de la *Iliada*, los personajes de Sófocles y Esquilo, es decir, todos los arquetipos de la eternal perfección griega. Y estos arquetipos habían corrido, más ó menos exagerados por la propensión á lo colosal de Roma, desde Atenas al capitolio, y formado con las sugerencias de su inspiración la cultura latina, copiada en su mayor parte de la superior y más antigua cultura helena. Imaginaos cómo resonarían los nombres troyanos en oídos tan hechos á la lisonja como los oídos de Claudio, quien jamás de incienso y adulación se sintiera, no hartó, ni aun satisfecho. Así la emperatriz había fingido unos embajadores de Troya más ó menos auténticos para marear á Claudio y los había ensayado, cual si fuera una compañía cómica griega, con aquella consumada perfección, puesta por ella en maquinaciones tortuosas, conducentes á fines muy alejados de sus apariencias y de sus formas. El salón principal de palacio debía para la ocasión presentarse como un tribunal, el emperador como un casi divino juez, los troyanos como demandantes en juicio, Nerón como valedor y vocero de Troya ó Ilión, salvada por su elocuencia incomparable. ¿Cuál ceremonia mayor podía idearse para convencer á Claudio de que los dioses Saturno y Venus estaban entre sus progenitores, los reflejos celestiales del Olimpo entre las mantillas de su imperial cuna, el poder y autoridad y prestigio de Júpiter entre sus prerrogativas y preeminencias de César? En tal seguridad, en la seguridad absoluta de que nada superior á esto podía idearse Agripina, reunió alrededor de la poética ceremonia toda la corte imperial. Senadores, cónsules, vestales, libertos, patricios, literatos y poetas, magistrados y jueces, artistas de todas condiciones, declamadores y retóricos en todas las lenguas, representantes de todas las razas aparecieron á fin de que pudiera Claudio mirarlos desde su trono como el Padre de los dioses mira la tierra y los hombres desde su Olimpo. Así no faltaba ninguno de los personajes capitales que ocupaban entonces el escenario de la romana historia. En el centro, bajo solio, parecido al usado en las celas ó capillas antiguas para los dioses; sobre sedes semejantes á las litúrgicas aras; al fin de una gradería, sólo comparable á las puestas al pie de los altares; ardiendo fuego sacro en la tripode;

de; aparejadas las ánforas, de vino unas y de hidromiel otras, como en los templos, campeaban el emperador y la emperatriz con tal aire de igualdad que parecía el imperio dominado por dos verdaderos dueños, como la vieja Esparta por sus sabidos reyes. Velábase á la derecha los embajadores frigios con sus gorros colorados en la cabeza, sus mantos verdes al hombro cogidos por broches de pedrería, sus pantalones bombachos orientales de blancura casi argéntea, sus multicolores botas, sus riquísimas preseas; todos presididos por Nerón, quien cambiaba de disfraces, pero no cambiaba en su aprendida postura y actitud de dios. Velábase por la izquierda, en signo de inferioridad, un grupo compuesto de Británico, muy contraria-



Trípode para el fuego sacro

do, según decían sus gestos; del combatiente liberto Narciso, más á la devoción de Británico cada día; y del patricio, gloria y ornamento en la familia Flavia, que se llamaba Tito. Valor sumo necesitaban los dos compañeros de Británico para estar solícitos á su lado, cuando nadie osaba saludar al príncipe, azorado á las miradas de Agripina, que le apuñalaban el pecho y le decían en silencio cómo iba preparando poco á poco en secreto y reserva, cual

aperciben las arañas aquellas telas en que cazan las moscas, su muerte y su ruina. Mas lo mismo el joven patricio de los Flavios que el machucho jefe de los libertos habíanse con abnegación verdadera echado atrás el alma y porfiaban por la salvación de Británico sin miedo ninguno á los destientos de Agripina: arresto grandísimo en verdad, pues no era el ánimo de su feroz enemiga como aquellos que amenazan y no pegan; antes por el contrario, como aquellos que apenas han amenazado cuando ya han herido. Séneca estaba cerca de ellos, quien, mirando alternativamente al emperador con miedo, á la emperatriz con menosprecio, al joven discípulo suyo con recelo y con verdadera compasión al sucesor legítimo de tanto imperio, servía todo cuanto en sus adentros odiaba y deservía todo cuanto amaba por una contradicción irremediable y crónica entre sus actos y sus pensamientos, entre su inteligencia y su vida. Junto á Séneca estaba el poeta Lucano, en quien la vista de aquella corte semiasiática recrudecía las viejas ideas republicanas, y el satírico Persio, en sus adentros indignado de la inmoralidad y de la tiranía, pero en sus labios sonriente y en su actitud satisfecho. Estos grupos, aunque tenían realmente nexos de unión entre sí, eran hostiles todos los unos á los otros y parecían facciones en guerra. Sin embargo, lo que decían estaba muy lejos de lo que pensaban; y lo que pensaban, si bien se traslucía en sus ojos á la continua, nunca se revelaba, cuando el público les circuía, en su lenguaje. No así cuando estaban solos y creían verdaderamente no ser oídos, pues hablaban de la siguiente manera:

— Dame noticias, Narciso — decía Tito, dirigiéndose al consumado liberto, sabedor de todo cuanto acaecía por la Ciudad Eterna.

— Me pides noticias. No debía dártelas.

— ¿Por qué?

— Porque todo cuanto sucede, todo es malo.

— Verdad; mas no desesperes del remedio.

— Hace tiempo que ha huído á mis ojos la esperanza.

— Cuéntale todo lo que pasa — exclamó Británico, impaciente por las consideraciones y comentarios. — Ha estado Tito en Bayas muchos días para saber nada nuevo de Roma.

— Pues pasa que ha vuelto Séneca.

— Noticia fresca — observó Tito. — Ya lo veo allí.

— Y por cierto — añadió Británico — que rodeado de dos enemigos del imperio tan implacables como su deudo Lucano y su amigo Persio.

— Pero, Tito, doite la noticia consabida, la noticia del regreso de Séneca, para notificarte que si no hemos logrado evitar la vuelta desde su islote á Roma, hemos logrado impedirle una dignidad con que había soñado para él Agripina, la dignidad alta de primer ministro, no muy usada en Roma, pero sí en las cortes de los déspotas orientales.

— ¿Y Agripina pensara en tal demencia?

— Como te lo digo.

— Pues ¿no dicen que tiene tanto talento, Narciso?

— Ya lo ves, Tito.

— Mas no paran ahí las noticias — observó Británico.

— ¿Qué más sucede? — continuó preguntando Tito.

— Pues sucede que ya salió de la familia Claudia y de la patria potestad imperial Octavia para casarse con Nerón, adoptado por Claudio definitivamente.

— ¡Ah! ¿Y qué ha pasado con su novio de Italia?

— Pues que, acusado de incesto con su propia hermana y proscriba ésta, no ha tenido más remedio que huir del mundo por una muerte voluntaria.

— Y Octavia, que tanto le amaba, ¿cómo está?

— Muy triste; pero muy resignada.

— ¿Y la querida semisalvaje de Nerón, Acté?

— Muy contrariada, en términos de que todo el mundo teme algún escándalo.

— ¿Por manera que Agripina va ganando todas las posiciones? — observó Tito.

— Justamente — añadió Británico, — vuelta de Séneca, boda de Octavia y adopción del hijo por Claudio.

— Pero debo deciros algo que no sabéis — dijo Narciso.

— Habla — dijeron á un tiempo los dos ilustres interlocutores.

— Que si el regreso de Séneca es un triunfo de Agripina, la reducción á la pretura simple del cargo de ministro pedido para su consejero acusa una disminución indudable de su antes poderosa influencia.

—Anunciaron cuantos conocen á Claudio que había de inferirle muy profunda herida la vuelta de Séneca—dijo Tito.

—Siempre lo creían. Un veneno que le devorase las entrañas no le molestaría tanto como las frases atentatorias á su dignidad que han pasado á sus oídos, contadas por quien las oyó á Séneca.

—Cierto—murmuró Británico en corroboración de lo que aseguraba el bien industriado liberto.

—Pues todavía os anuncio cosa más extraña.

—¿Cuál?—preguntó Tito.

—Que ó no conozco yo el palacio de los césares, ó se han alterado mucho las relaciones entre Nerón y Agripina.

—¿Entre Nerón y Agripina?—exclamó con admiración Tito.

—Entre Nerón y Agripina—recalcó Narciso.

—No debe maravillarnos—aseveró Británico.

—Pues ¿cómo?—preguntó Tito.

—Ya sabes lo que fué Lépida para su sobrino Nerón.

—Vaya si lo sé, Narciso. Como que desterrada por Calígula, su tío, Agripina de Roma, Lépida fué la verdadera madre de Nerón. Sin ella el chiquillo no se hubiera logrado. Con un instinto maternal en tales términos lo empequeñeció y ocultó, que pudo salvarle la vida en aquel período tristísimo de persecuciones y de matanzas.

—Pues bien—añadió el liberto;—Lépida ejercía soberano influjo sobre Nerón, y celosa la cruel madre, hala primero acusado y luego perdido, constriñendo al cachorro á que deponga, mal del grado suyo, en juicio contra su propia providencia, contra la que había sido su nodriza intelectual y como la que segunda vez le había dado vida.

—¿Ha ido Nerón á deponer contra Lépida?—preguntó Tito.

—¡Vaya si ha ido!—respondió Británico.

—¡Parece imposible!

—Pero fuése uno y volvió enteramente otro. La imposición de su madre le repugnó en términos que comenzó á sentir hacia ésta una grande animadversión, mal disimulada por su espontáneo natural. De manera que indispuesto con Agripina Claudio por la vuelta de Séneca, indispuesto con Agripina Nerón por el destierro de Lépida, indispuesta con Agripina Octavia por el suicidio de Silano, indispuesta con Agripina también Acté por la próxima boda

de Nerón y Octavia, el cielo de la fortuna personal, tan espléndido en ella, comienza hoy, si no á obscurecerse, á nublarse, por la pertinaz aglomeración de grandes y terribles nubarrones.

—En verdad, aunque hace Claudio esfuerzos para dominarse—observó Tito,—su fruncido ceño y su contracción manifiesta delatan en él un estado particular del ánimo, que no se asemeja mucho al estado natural de indiferencia é impassibilidad.

—El recurso ideado por Agripina resulta ya un asidero á mis ojos—exclamó Narciso,—en que veo cómo presentimientos tan avizores cual son los suyos le van poco á poco anticipando la desgracia. Quiere la cuitada con una declamación muy aparatosa y una muy feliz arenga dar á la cabeza de Claudio tales humos que, ciego por la embriaguez, desherede á Británico en su próximo testamento y mande la corona del imperio á Nerón.

—Pues yo—pensó Tito—yo creo que hay un medio muy fácil de contrastar el influjo de la oración sobre Claudio.

—¿Cuál medio?

—Que haga otra Británico.

—Es verdad—exclamó Narciso.

—¿Va, como has dicho, Nerón á disertar sobre la última noche de Troya?

—Sí—respondió Narciso.

—Encantará seguramente á Claudio—dijo Tito.

—Mucho—afirmó Narciso.

—Pues que luego pida la palabra el buen Británico y recite aquella oración acerca del pío Eneas que tantas veces nosotros en las tertulias literarias hemos oído, y que, desconocida de su padre, le trastornará de seguro el seso, dándole verdaderos espasmos de un entusiasmo, tras el cual no se atreverá ciertamente á dictar disposición alguna desfavorable á su derecho.

—¡Feliz idea!—exclamó Narciso.

—¿Te acuerdas, Británico, de la relación que ahora invoco?

—¡Vaya si me acuerdo!

—¿La podrías recitar de coro en cuanto la necesitémos?

—¡Vaya si podría!

—¡Pues á recitarla!

—No tengo inconveniente.

— Así que hable Nerón — dijo el taimado liberto, acostumbradísimo á estas maniobras, — te lanzas en medio del concurso y dices la relación, cuyos acentos habrán de sorprender mucho por lo mismo que nadie aguarda ni sospecha tal salida.

Todo este diálogo habíanlo tenido aparte los tres compañeros muy al paño, como se decía en las antiguas comedias nuestras, sin que llegase á oídos de nadie, mientras la corte y los embajadores se iban reuniendo, y cada cual, según la respectiva dignidad, colocándose con arreglo á la liturgia y al ceremonial de los palacios en su respectivo lugar y sitio. El ángulo apartado, que ocupaban Tito, Británico, Narciso, hacía que sus palabras no llegasen á oído alguno, pues el odio de Agripina omnipotente y la bajeza de los medrosos romanos los aislaba y les permitía entregarse á departir con tal abandono, cual verdaderamente abandonados. Sin embargo, Agripina desde su alta sede veía la grande animación de los interlocutores, y curiosa de oírlos como buena mujer, y como buena emperatriz intranquila por su contenido y por su asunto, se removía en la sede, y si no adivinaba lo dicho, entreveía ciertamente algo por la expresión de los gestos y por la brillantez de los ojos, y suspensa de lo que decían, por lo mismo que lo ignoraba, demostraba su inquietud en términos de haberla entrevisto el taimado liberto y dícho-la con sigilo á sus interlocutores para que volvieran á su reserva y se prepararan al golpe. Indudablemente así como en la Roma pontificia de hoy existen familias papales, existían en la Roma cesárea de aquel tiempo familias imperiales. ¿Cuál razón había para que los Julios y los Claudios y hasta los Domicios ó hubieran imperado, ó imperaran, ó estuviesen de imperar en propinqua aproximación, y no imperasen los Flavios, de tan alta estirpe y de tan preclaros servicios? Tito, que llevaba con su padre Vespasiano la representación de tal familia, sentíase asistido de hartos títulos y derechos para imperar cual habían otros imperado. Así, en aquella junta presidida por Claudio, mejor dicho, por Agripina, estaban todos los partidos romanos y todas las tendencias capitales de la sociedad. Los dos esposos imperiales representaban el sumo Imperio; Persio, la sátira; Tito, el patriciado aspirante á ejercer la soberanía imperial; el poeta Lucano, las ideas del patriciado parlamentario aspirante á restaurar la República y á templar los espíritus con las

tradiciones de Bruto ó de Catón; Vitelio, el patriciado suicida que transigía con los césares y el cesarismo para salvar la vida y granjearse la fortuna; Séneca, una filosofía muy austera en el ideal puro de los principios y muy conciliadora en las realidades múltiples del mundo y de la vida; Narciso, los libertos, quienes formaban, por su oficio de cortesanos, una clase dentro de las otras clases, poderosa é imperante, al extremo de parecer como un desquite misterioso de la esclavitud, trocando y convirtiendo en dominador á los déspotas y á los opresores. Aún había otra clase insignificante por aquella sazón; una especie de secta en las sectas judías, oculta, recatada, huyendo el aire libre y la luz diurna, reclutando sus fieles poco á poco en todas las clases, la cual celebraba sus reuniones por los subterráneos, por las canteras abandonadas, por los cementerios sepultados, bajo la telaraña de un olvido ingrato y bajo las capas geológicas de un subsuelo más ó menos excavado, donde las muchas ideas allí hundidas y exacerbadas por la persecución habrían de saltar con explosiva fulguración y sobrenatural estrépito. Llamábanse cristianos estos últimos y pasaban sobre la superficie de aquella sociedad, cual apariciones venidas del otro mundo y cual sombras de un profundo y recatado misterio.

— Claudio — dijo Agripina á su esposo, en la impaciencia de que Tito, Británico y Narciso callasen, — Claudio, abre la sesión.

— Reunidos los embajadores de Ilión, ante mi familia y mi corte, reunidos para oírlos, doiles la palabra con el fin de que puedan exponer su embajada.

— Claudio, dueño de la tierra — dijo el embajador, — y tú, Agripina, mortal en apariencia y diosa en realidad. Venimos con poderes de la noble Ilión á pedir vuestro amparo. Y no podríamos decir palabra como vosotros no dieseis por tres veces consecutivas la indispensable venia.

— Hablad, hablad, hablad — dijo por tres veces Claudio.

— Hablad, hablad, hablad — repitió como un eco Agripina.

— Hablaremos, hablaremos, hablaremos — exclamó el jefe de los embajadores — con vuestra venia séxtuple.

— Ya os oímos — respondió Claudio.

— Ya os oímos — dijo también Agripina en el empeño de que nadie olvidara la coparticipación suya en el sumo Imperio.

— Sabedores de que ciudades como Apamea y Bizancio han venido á este sitio en demanda de alivio y aun exención del tributo debido á Roma, demanda que lograron por haber elegido un abogado tan elocuente como Nerón, estos nuevos troyanos, nacidos en el sitio donde Troya, la madre de vuestra ciudad, naciera, traen el mismo empeño y os dirigen la misma demanda, nombrando por su valedor y vocero al joven augusto, cuyas palabras penetran en los corazones como flechas de Apolo, nombrando á Nerón.

— Que hable Nerón — dijo secamente Claudio.

— Que hable — repitió Agripina, pero añadiendo — como el más elocuente de los mortales y que mayor influjo puede tener bajo el sol en los ánimos cesáreos.

— Con vuestra venia triple — dijo Nerón bajando ante los emperadores su cabeza.

— La tienes — dijo Claudio secamente.

— La tienes, nuestro hijo predilecto — añadió Agripina.

— Cómo hacen su negocio hijo y madre — observó en voz baja Narciso.

— Entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, rechazando las olas del Egeo, extiéndose la feliz región que se llama el Asia Menor — dijo Nerón en comienzo y exordio de su discurso.

— ¡Muy bien! — exclamó Agripina, mirando de reojo á Claudio.

— ¡Bien! — añadió Claudio, no pudiendo resistir ni de costado las fulminantes miradas que Agripina le dirigía.

— ¿Creerá éste que no sabemos dónde se halla el Asia Menor? — preguntó con sorna Británico á sus dos interlocutores.

— El Haliso — continuó diciendo Nerón — divide allí dos familias de pueblos. Y entre aquellas dos familias de pueblos se levanta una intermedia, la familia frigia.

— ¡Noticias frescas! — exclamó Tito, subrayando los dichos de su camarada Británico.

— El pueblo frigio ha sido como un profeta de la civilización helena. Sus artes significaron el presentimiento de las artes griegas. La flauta, instrumento tan general en las fiestas clásicas, había sido invención de este pueblo. En sus campiñas encontró Apolo un rival más músico aún, según los frigios, que quien ordenaba los conciertos de las esferas y las armonías de los astros. Allí nació el

culto á Cibeles, madre-tierra, que después había de espiritualizar Grecia. Sus sacerdotes tenían algo del carácter cenobítico del Oriente, y se consagraban á la castidad y al culto, dándose fiestas, en que el sensualismo vagaba en incesante delirio. Allí estaban los escombros de la vieja Ilión, cuna de los romanos; allí el primer altar donde ardía libre el fuego del pensamiento humano; allí Lesbos, que oyó cantar á la más apasionada poetisa del mundo; allí Rodas, que fué como una gran escuela; allí Pérgamo, tan rica en artes, que tomaba las armas por defender sus museos cuando no las había tomado por defender sus leyes; allí Homero había sentido el calor de la inspiración divina y había derramado sus primeros cánticos y había pulsado aquella lira que han querido pulsar todas las naciones y han escuchado todos siglos; allí, en fin, había nacido aquella raza jónica, madre de Atenas, depositaria de la libertad antigua, cuya alma creadora, compartida entre el arte y la ciencia, había sido como un reflejo del cielo. ¡Qué tierra aquella tan hermosa! Sus montañas se pierden en el cielo, tomando todos sus matices; bosques compuestos por los más hermosos árboles del Asia, por cedros perfumados y por palmeras, cubren sus campos; ríos caudalosos y claros, despeñándose por sus riscos, reflejan el aire claro y henchido de alegría; sus valles abiertos en los desfiladeros están poblados de mariposas, de abejas, de ruiseñores; y toda aquella hermosísima tierra, en una palabra, es como el cuadro de la primera emancipación del hombre, es como el lecho donde el espíritu celebra sus nupcias con la naturaleza. Y esta raza jónica, tan alegre, tan ligera, tan inspirada, tan artista, á pesar de las grandes catástrofes del mundo, si no conserva su antiguo pensamiento, conserva su vida, su riqueza, su comercio, hasta su libertad; pues bajo la tutela romana, bajo el dominio de la señora de las gentes, guarda sus antiguas leyes, el sentimiento de igualdad tan arraigado en su pecho, la organización democrática de siempre; sus grandes ligas, sus asambleas, sus fiestas en los templos, que eran su vida, porque en ellas se dilataba su alma. El pueblo romano conquistó fácilmente estas regiones. Un paseo militar bastó para someterlas; un cónsul y unos lictores bastaba para conservarlas. Roma, sin embargo, impone ahora contribuciones tan crecidas, que aquellos países tan ricos casi están exhaustos. Roma dividió en tres provincias

aquella región; el Asia propiamente dicha, la Cilicia y Bithinia. Por la parte donde Troya fué, aboga hoy quien habla, esperando de vuestro amor ¡oh dueño del mundo! un rayo de compasión.

—¿Habréis oído cosa más desatinada?—preguntaba tras estas temerarias frases á sus dos interlocutores Narciso.

—Por defender á Frigia—observaba Británico,—el cuitado acusa tristemente á nuestra Italia.

—Y luego—decía Tito—el ornamentado estilo, tan diverso del que usan los griegos y usan los romanos, huele que trasciende á decadencia.

—Pero escuchemos.

—Acordaos de lo que sucediera en el incendio de Troya, divinos emperadores, descendientes de aquellas víctimas y herederos de su sangre—decía Nerón recitando felizmente lo que le habían escrito.

—Ahora oirás una elocuencia helénica digna de compararse con la poesía virgiliana—murmuró Agripina en el oído de su esposo.

—Oigamos—dijo bruscamente Claudio.

—Agotados por la guerra, exhaustos de fuerzas y de sangre, míseros y enfermos, advertidos ya por la fatalidad y tras dos lustros de vanos esfuerzos, los griegos, los sitiadores de Troya, fingieron ceder en su empresa y retirarse de aquel cerco, dejando tan sólo una ofrenda colosal á Palas, atenta de suyo á los guerreros y solícita en acudir á los combates.

—¡Cuán hermoso estilo!—decía, regodeándose con las frases de su hijo, Agripina.

—Ese pan de seguro no se coció en su horno—para sus adentros afirmaba Claudio.

—¿A qué vendrá todo esto?—preguntaba Británico á Tito.

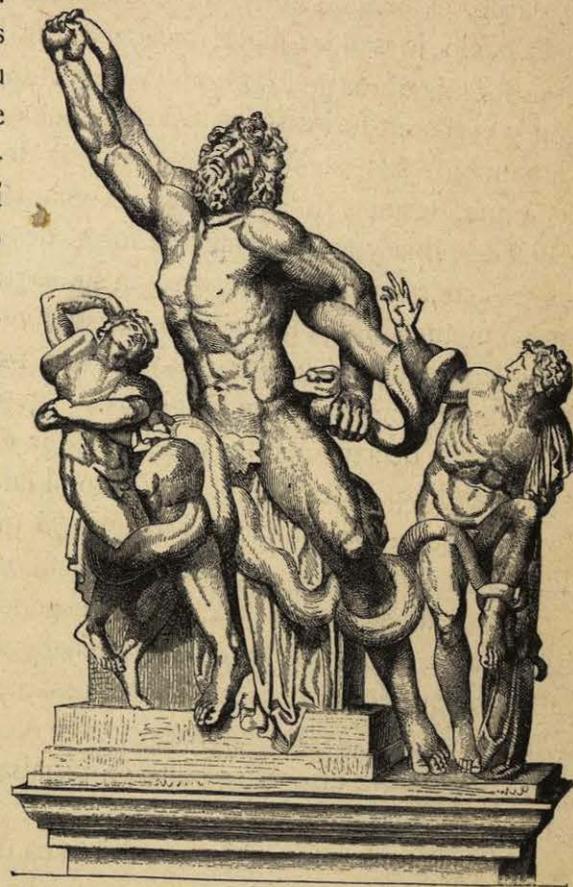
—En la oratoria corriente no se mira de modo alguno á lo verdadero y útil y oportuno, se mira tan sólo á lo atractivo y resonante.

—Pero, Británico, él con la evocación anacrónica del incendio de Troya se propone seguir su camino; proponte tú seguir el tuyo con la no menos anacrónica evocación del origen de Roma.

—Oigamos—dijo Británico, pues el orador se iba engolfando ya en su asunto.

—Consistía la ofrenda en gigante caballo, todo hecho de pino y tan alto como una montaña, que dejan so pretexto de mover y obligar á la diosa del combate y del esfuerzo para que prospere la vuelta, ya indispensable, á los hogares patrios. Pero ¡ah! que tal ofrenda de la religión y del culto era en suma una máquina de combate y de guerra.

Innumerables griegos se ocultaban en su vientre, armados de todas armas y dispuestos á salir de allí en cuanto sin riesgo pudiesen para incendiar ó destruir la confiada Troya. Frente á ésta se alza una islla, famosa en otros días por su fecundidad y por su nombre, Tenedos, rada por completo solitaria y puesta únicamente á servicio de los marinos desorientados y errantes. Pues allí se ocultan los griegos, limpiando con tal estratagema todas aquellas cercanías, no sólo de su



Grupo de Laocöonte (Vaticano)

presencia, de sus naves y de sus tiendas y de sus campamentos, que habían vomitado mil veces la muerte. Troya se regocija y engalana; el antes ensangrentado mar sonríe y por doquier rebrota la esperanza. Viendo aquel colosal simulacro proponen muchos troyanos conducirlo dentro de Troya en honor y obsequio á Minerva. Algunos, sin embargo, pocos en calidad y número, muy temerosos de la enemistad del griego, desconfiaban de sus regalos y ofrendas. Laocöonte con especialidad aconsejaba la desconfianza y despedía dardos que